

Pedro Prado.—Un Juez Rural

Santiago, de Chile.—Nascimento



A última obra de nuestro inspirado escritor no es propiamente una novela, como pudiera creerse por su título y los frecuentes diálogos que aparecen en sus páginas. Es una serie de episodios más o menos inconexos engarzados por el hilo común de figurar en todos el juez, Solaguren, que, por otra parte, en muchos de ellos no es ya un juez.

Hay descripciones magníficas, como las que se encuentran en los trozos, *El Suburbio*, *Un Viaje irreal*, *El Pueblo abandonado*. Acabada es la descripción del insomnio en el capítulo de *La Razón derivada*.

Las primeras dos terceras partes del libro cuentan las experiencias del magistrado en su función de administrar justicia, alternadas estas fatigas con excursiones domingueras hechas a los campos aledaños de Santiago en compañía de su amigo el pintor Mozarena.

Las reflexiones que hace el juez y sus sentencias son hondas y sabrosas; son la obra de un juez muy humano, juez filósofo, psicólogo y poeta.

En los últimos trozos Solaguren ha dejado de ser juez. El autor nos pinta escenas de su vida en Santiago y a orillas del mar, escenas envueltas en esa especie de poesía cómica, cuya creación es uno de los dones más notables de Prado.

El libro en conjunto es de la misma especie de esos deliciosos libros autobiográficos de Anatole France, aunque con algunas páginas más amargas que las que suelen encontrarse en obras de esta clase del escritor francés.

De las riquezas ideológicas y artísticas que contienen los detalles no se puede dar cuenta en esta noticia sin hacer una cantidad de citas que deben ser dejadas al hallazgo del lector.